



1962 – 25 de febrero – 2018

56 ANIVERSARIO DEL PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO

Hace exactamente 56 años, un 25 de febrero de 1962, nació una esperanza para el Uruguay. De las entrañas de la vieja Unión Cívica del Uruguay, y bajo el liderazgo del abogado laboralista Américo Plá Rodríguez surgía el Partido Demócrata Cristiano (PDC), un partido político moderno, ideológico (humanismo cristiano), programático, inspirado en otros movimientos y partidos demócrata cristianos exitosos en Europa y algunos países de América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. Se mostraba como una alternativa cierta al desgobierno de los partidos tradicionales dominados por la fragmentación y las disputas internas, el caudillismo y la indefinición programática e ideológica, en el marco de una profunda crisis socioeconómica por la que atravesaba el país, necesitado ya de una respuesta enérgica y contundente desde el mundo político. El éxito no fue inmediato, pero el camino era largo.

A partir de 1964 el PDC empieza a experimentar transformaciones internas, tanto en sus estructuras, liderazgos, como propuestas. Durante esos años asistimos a una profunda democratización de la estructura partidaria, con una creciente importancia de las bases en el funcionamiento y la toma de decisiones. La militancia se volcó generosa a los distintos órdenes de la acción social y política, desde el frente sindical, estudiantil, en las cooperativas, en las organizaciones territoriales, en el partido. Desde el punto de vista de los liderazgos, éstos se renovaron tras el abandono de algunos elementos de la vieja Unión Cívica, el retorno y la incorporación de nuevos militantes y referentes al partido, siendo el más significativo de ellos, sin lugar a dudas, el del arquitecto Juan Pablo Terra, líder natural en la nueva etapa del Partido Demócrata Cristiano.

La segunda mitad de los años sesenta configuró un periodo de afirmación revolucionaria del partido. En un país en crisis, castigado por la pobreza y la violencia, ya no bastaba con apelar a algunas reformas o cambios parciales, las transformaciones debían ser profundas, estructurales, y para poder llevarlas a cabo debía ser seriamente replanteada la estrategia. Contando el Uruguay con un sistema claramente bipartidista, con leyes electorales que favorecían dicha lógica, era necesario en primer lugar presentar una alternativa de poder viable. La unión de todas las fuerzas democráticas, progresistas y de izquierda fue entonces la lucha del PDC desde el llamado en cadena de radio y televisión del diputado Juan Pablo Terra el 23 de junio de 1968, diez días después de las medidas prontas de seguridad decretadas por el entonces presidente Jorge Pacheco Areco. La militancia por la idea y el proyecto frenteamplista que cristalizó el 5 de febrero de 1971 no puede entenderse si no se reconoce en ella el aporte democristiano, puente fundamental entre la izquierda histórica de orientación marxista y las fuerzas progresistas de los partidos tradicionales que se atrevieron a salir del lema para construir una nueva realidad política. El aporte democristiano al Frente Amplio fue también programático e ideológico, viéndose esto reflejado en la reafirmación de la defensa del valor de la libertad, la democracia, la institucionalidad, la participación, en tiempos de la polarización de la Guerra Fría, en que existían modelos antidemocráticos y totalitarios de transformación social defendidos por diversas organizaciones políticas a lo largo y ancho del globo.

En los años duros antes, durante, y después del golpe de estado del 27 de junio de 1973, el PDC respondió luchando con el pueblo, en las calles, en la tribuna, en la prensa, en el parlamento, y cuando todos esos espacios fueron silenciados, en la clandestinidad. Fueron los años de la resistencia. De la denuncia valerosa de los recortes de libertades y las violaciones a los derechos humanos durante los gobiernos de Pacheco Areco y Bordaberry, de la sangre derramada de Luis Batalla, obrero de la

construcción, militante democristiano de Treinta y Tres, primer muerto por tortura a manos de las fuerzas del estado en 1972. A la denuncia del golpe en la prensa y las calles, la defensa del Gral. Seregni injustamente apresado, las volanteadas, pintadas y demás acciones militantes llevadas adelante durante la más dura de las represiones se sumó también la denuncia de la dictadura en los foros internacionales en los que el partido participó. La defensa del NO en el plebiscito constitucional de 1980, y de forma más contundente la militancia por el voto en blanco en las elecciones internas de 1982, reforzada desde la revista democristiana Opción marcó un claro hito en la salida de la dictadura. Durante las movilizaciones del 83, organizaciones como ASCEEP, PIT, FUCVAM contaron con el aporte militante decisivo de muchos demócratas cristianos. El proceso de recuperación democrática encontró en el PDC un interlocutor serio y comprometido, participando en las diversas instancias que permitieron la reinstitucionalización del país en 1985.

De la recuperación democrática a la actualidad el PDC ha dado sobradas muestras de su compromiso con el país y su gente, tanto desde la oposición, como desde el gobierno nacional a partir del 2005, integrando el Frente Amplio y asumiendo sus militantes y dirigentes diversas responsabilidades políticas y realizando aportes relevantes en el proceso de cambios que viene atravesando el país hace casi 13 años.

¿Por qué conmemorar y celebrar estos 56 años de vida del PDC? Porque se trata de un proyecto y una organización política con una rica historia de lucha, trabajo y compromiso con el país, pero fundamentalmente porque es un proyecto todavía vigente y necesario para la república.

Ser demócrata cristiano significa poner siempre al país primero, antes que a los intereses partidarios. Defender al partido como una organización horizontal y democrática, sostenida en la centralidad de las ideas y no en el burdo caudillismo. Creer en la política como servicio al prójimo e instrumento para la transformación de la realidad en favor de los más desposeídos, y no como una simple carrera de privilegios. Sostener en alto el valor de la ética pública y la lucha contra toda forma de corrupción y falta de transparencia. Defender la dignidad de la persona humana, y su realización cabal, el desarrollo del hombre y de todos los hombres, en clave colectiva y comunitaria, enfrentando así la lógica materialista, individualista y mercantil del sistema capitalista.

Ser demócrata cristiano significa creer en la Democracia como fundamento mismo de la vida social. Defender la libertad y el pluralismo como valores innegociables. La resolución pacífica de los conflictos e intereses contrapuestos y legítimos en una sociedad a partir del orden institucional con todas las garantías de la ley, concibiendo a ésta como el escudo de los débiles. Luchar por la justicia social, buscando mayores grados de igualdad sin sacrificar la libertad y el Estado de Derecho. El rechazo absoluto a los regímenes que someten a la persona humana a los dictámenes de una dictadura de clase, de grupo o de partido, sin excepciones. La defensa irrestricta de los Derechos Humanos y la denuncia de toda forma de violación de los mismos, en nuestro país y en el mundo, en el pasado y en el presente.

Ser demócrata cristiano es soñar con un mundo distinto sin perder de vista la realidad concreta sobre la que hay que actuar. Es no resignarse a la injusticia y la explotación intrínseca de un sistema diseñado para el beneficio de una minoría construido sobre el sufrimiento de una mayoría. Es defender la Utopía, el sueño de un mañana mejor, honrando el legado que nos dejaron miles de compatriotas que ofrendaron lo mejor de sí, y en algunos casos hasta su vida, por el bien común. Ser demócrata cristiano, es entonces, ser de izquierda. Una izquierda democrática, personalista, comunitaria. Una izquierda cristiana.

Prof. Julio R. Ilha López
militante demócrata cristiano